

obra ambas cosas, me daré por recompensado de mi trabajo.

EDMUNDO DE AMICIS.

He creído conveniente sacrificar muchas veces el brillantísimo estilo del autor, con objeto de hacer más clara é inteligible para toda clase de lectores el asunto de los diversos capítulos de la presente obra.

Al traducir, he procurado, sin embargo, no desvirtuar en lo más mínimo el pensamiento de Amicis.

En ocasiones he cambiado denominaciones, cosas, personas y lugares, con el fin antedicho.

Si mi traducción despierta en los lectores los sentimientos de que el autor habla en la advertencia precedente, me consideraré también harto compensado de mi trabajo.

HERMENEGILDO GINER.



UNA JORNADA EN ESTÍO.



ERA un día hermosísimo de Agosto: no había una nube, ni corría un soplo de viento. El tiempo estaba sereno y bochornoso. A la carretera por la cual caminaba el regimiento, ancha, recta y larga, no se le veía el fin. Hallábase cubierta de finísimo polvo, que se levantaba en espesas nubes, penetrando por ojos, boca y entre las ropas, blanqueando barba y cabellos. A derecha é izquierda del camino, ni un árbol, ni un césped, ni un palmo de sombra, ni una gota de agua. La campiña estaba seca, pelada, desierta. En las pocas chozas diseminadas acá y allá reinaba tal silencio y quietud, que parecían deshabitadas. No se podía fijar la mirada en la carretera, ni en las paredes, ni en los campos: tan fuerte rever-

beraba el sol. Había necesidad de andar con la cabeza inclinada y los ojos entornados; en resumen: un hermosísimo día de Agosto, y un pésimo día de marcha.

El regimiento caminaba hacia poco más de una hora. A pesar de aquel polvo, y de aquel calor sofocante, los soldados estaban alegres y bromistas como en el momento de partir. Dos filas marchaban á la izquierda y dos á la derecha del camino; de un lado á otro se repetía continuo tiroteo de burlas y chistes, y de vez en cuando grandes risotadas y aplausos, á lo que seguía siempre un —«A su sitio cada cual,»— que restablecía momentáneamente el silencio y el orden.

Oíase cantar á tres, á cuatro y á cinco voces, aquí el alegre *stornello* toscano, allí la patética romanza meridional, más allá la canción guerrera de los Alpes; y mil acentos y dialectos distintos se entremezclaban. La marcha seguía en todo y por todo la norma reglamentaria: las filas apretadas, el paso franco, los oficiales en su sitio, todo en perfecto orden, y anda que andarás...

Pero, mirad allá: el segundo número de la primera fila, comienza á perder distancia.

—Ahora lo arreglaré yo. ¡Eh! ¿quereis cerrar ese claro? ¿Sí, ó no?

Ya está en su sitio.

Diez ó doce pasos más adelante, otro rompe la estricta formación.

—¿Seguís el paso, sí ó no? ¡Oh! mirad cómo va aquella cola. ¡Voto á bríos!... ¡Animo! apretad el paso; ¡á la carrera!

Una rápida carrera, un rumoroso golpear de las cantimploras, un continuo ruido de los cartuchos en las cartucheras, una confusión, una polvareda que todo lo invade... La cola está ya reunida al resto del regimiento. Se necesitan pulmones de hierro para respirar... El sol derrite los sesos... y esta carretera, que no concluye nunca... y este kèpis que se calienta... Si encontramos algún árbol, algún poco de sombra, algún sorbo de agua... Pero nada... esto es un desierto.

Las canciones que se oían ántes, han bajado de tono ya una nota. El diálogo es ménos vivo, las filas ménos apretadas; el comandante del primer peloton va ya á la cabeza de la segunda escuadra. El comandante del segundo está á la cola de la tercera. Bien se ve que el regimiento lleva de marcha tres horas.

La carretera, que era rectísima, comienza á torcerse y serpentear. Los ojos no pueden recorrer de antemano el camino y detenerse en los lejanos techos de una aldea, en el campanario de alguna iglesia, en algo que sea indicio de vivienda humana y prometa una parada, un poco de descanso, un algo de respiro... un momento de vida. ¡Gran Dios, qué camino! No se ve á cien

pasos de distancia.—¡Animo! cinco minutos más y llegaremos á la revuelta. ¿Quién sabe si al volver nos aparecerá á lo lejos un villorrio ó una arboleda donde nos hagan detener? La esperanza vigoriza las fuerzas; se apresura el paso, llegamos á la revuelta del camino, corremos por tomar la nueva direccion, alargamos el cuello, tendemos ávidamente la mirada... ¿Casas? ¿Arboles? ¿Aldeas? ¿Sitios de parada?: ¡nada, carretera, carretera, y siempre carretera. ¡Qué desesperacion! La barba cae sobre el pecho, los ojos miran al suelo, la espalda se encorva bajo la mochila. Las filas, por momentánea prisa estrechadas, se aclaran, la cola afloja el paso; el comandante del primer peloton está ya á la cabeza del segundo; el comandante del segundo se halla á la cabeza de la compañía que viene detrás. El capitán... ¿dónde está el capitán?

Las canciones que se oían hace dos horas, bajaron de tono dos notas. Cantan porque comenzaron á cantar, pero no comenzarían ahora. El diálogo apenas se sostiene, los chistes carecen de sal: bien se ve que el regimiento está en marcha hace cuatro horas.

Y anda que anda; el rostro quemado por el sol, bañado de sudor, negro, contraído, desfigurado, afanosa la respiracion, pendientes los labios, gruesa la lengua, hinchadas las manos, escaldados los piés, lánguido y perezoso todo el cuerpo,

las mochilas sobre los riñones, la cantimplora sobre el vientre, el capote desabrochado, el corbatín suelto, el kópis sobre la nuca ó caído por delante hasta tropezar con la nariz. Los ojos, lastimados por la demasiada luz, ó se fijan inmóviles en las huellas del compañero que va delante, ó vagan acá y allá en busca de una fuentejilla, de una acequia, de... un pantano, de cualquier cosa con tal que se mitigue el fuego infernal que abrasa las entrañas...

—¡Oh! ¡la sed! y aquí asaltan la mente imágenes varias y confusas de los cafés, en días más felices frecuentados; véñse los parroquianos, sentados á las mesas de mármol, sorber lentamente las altas copas llenas de espumante y fresca cerveza; véñse manantiales de abundante agua que brota limpia y clara de una roca; óyese su agradable murmullo, vislúmbrase su resplandor cristalino serpeando entre la hierba...

—¡Oh! cuando llegue al punto de etapa, beberé hasta reventar, iré en seguida al café, apuraré de un sorbo una botella, ó dos, y si no bastan, tres...

Y anda que te anda. Las canciones han cesado, el diálogo ha concluido, una broma inoportuna se escapa á veces de los labios de los más fuertes y sufridos. Inútilmente: es acogida con glacial silencio. Marchan callados. Muchos que iban al frente se encuentran á la cola, y los más

fuertes de los que en la cola estaban, vedlos, sin advertirlo, á la cabeza. Las compañías se confunden.

—A su puesto cada cual, ¡vive Dios! á su puesto cada cual. ¿Qué modo de marchar es éste?

—No hacen caso, es predicar en desierto.

—Vosotros, muchachos, ¿por qué os deteneis? ¡Animo y adelante! ya queda poco.

—Siempre dicen que queda poco, y nunca se hace alto, y el aguardiente de esta mañana era agua clara, y el plus aún no nos lo han dado, y con este sol bien se podía partir un poco más temprano, y no se hace alto nunca... y el aguardiente... y el plus...

—¡Paso, paso! ¿qué es? ¿quién viene?

—Un precipitado trote de caballo, una espesa polvareda... ya pasó. Era un oficial de Estado Mayor.

—Mira, esos son los que nos hacen correr. Es muy cómodo para los que van á caballo gritar ¡adelante! á los que van á pié. Si fuesen cargados con la mochila... Oye, tú, levanta esos piés, ¿no hay bastante polvo aún?

Muchos se detienen; muchos, acortando el paso, dejan adelantarse á su compañía para descansar cuando no los vean. La voz de los jefes suena con más aire de mal humor que de autoridad, las órdenes se repiten á cada momento.

—El comandante del primer peloton... ¿dónde está el comandante del primer peloton?

Bien se ve que el regimiento está en marcha cinco horas há.

¿Qué es esto? se oye un toque de corneta. Un ¡oh! prolongado le hace eco de un extremo al otro de la columna; detiéndose todos, y comienza una confusión, un barullo, un ruido de culatadas en el suelo, un movimiento de mochilas, un correr á derecha é izquierda... En dos minutos el regimiento ha desaparecido.

En las márgenes del camino, dentro de los fosos, en los campos inmediatos, dispútanse los dispersos á empellones y codazos un palmo de sombra; van sedientos por aquellos bancales en busca de agua, como las procesiones de hormigas que corren por la corteza de un árbol: unos piden de beber con acento lastimoso, otros responden que no, con voz airada, ó lo conceden de mala voluntad, y se quitan de las manos las cantimploras con enojo y rabia. Poco á poco, el tumulto amengua, cesa el movimiento, todos reposan, todos cierran los ojos... un minuto más y todo el regimiento dormirá.

—¡Paso, paso, muchachos! Abrid paso. Tú, aparta; mira que te pasará la rueda por encima; y tú, quita aquella mochila de en medio de la carretera... ¡Paso, abrid paso! ¡Oh! ya está aquí nuestro amigo, nuestra providencia: ¡el cantinero!

Los que estaban durmiendo se despiertan, estiran los brazos, restréganse los ojos, clavan los codos en el suelo; ¡arriba, arriba! ya están en pié. Corren y se agrupan en torno del carro, formando bullicioso corro, en el que todos tienden las manos, todos agitan los brazos, todos sueltan los cuartos; muchos se lamentan de no haber podido comprar nada todavía, y no pocos amenazan al asendereado mercader... El pobre hombre, aturdido, suda, bufa y pide por Dios y por todos los santos de la corte celestial, que tengan paciencia y le den un poco de respiro.

Otro toque de corneta: toque de *atencion*. Un prolongado murmullo de sorpresa y descontento hácele eco.

—No hay tiempo para tomar un bocado.

—Para eso más valía no detenerse.

—Quieren matarnos.

—Eso es.

El grupo se deshace lentamente, los que estaban tendidos se sientan, pausados y perezosos; algunos se ponen en pié malhumorados; otros permanecen inmóviles, saboreando el último minuto, el último segundo; poco á poco todos han salido de los fosos, todos están en la carretera, todas las mochilas han vuelto á la respectiva espalda, todas las filas están ordenadas. Otro toque: la primera compañía se mueve... la segunda, la tercera... El regimiento está en marcha.

—Cada cual á su puesto, ¡que nó se repita el barullo de ántes!

Durante media hora las cosas van algo mejor que hasta allí, aunque los miembros se resienten dolorosamente del breve descanso y no todos hayan matado la sed.

—Pero ¡mirad cómo marcha aquella cola! ¿Queréis apretar el paso?

Durante media hora, como decía, las cosas van algo mejor. Las filas se han ordenado, los rezados se han unido á sus compañías; los oficiales han vuelto á su sitio... pero ¡cómo quema el sol! Hace un calor africano, es imposible aguantar más... Los piés no tienen fuerza para levantarse del suelo, los brazos cuelgan inertes, el cinturón lastima las caderas, las correas de la mochila cortan los hombros, el capote oprime el pecho... y no llegamos nunca ¿adónde nos querán llevar?

¡Una fuente! ¡una fuente!—un grito de júbilo responde á aquel aviso, rómpense las filas y todos acuden á grupos de cinco, de seis, de diez, se arrojan sobre el agua, gritos, empujones, codazos, disputas, golpes...

—A su sitio cada cual,—grita un oficial indignado: la tropa se esparce en todas direcciones; muchos, con el vientre lleno de agua, intentan en vano alcanzar su sitio: otros llegan á él después de una carrera precipitada, y vense obli-

gados á detenerse poco despues; algunos se quedan aún allá para beber otro sorbo, para alcanzar otra gota, un breve momento, un solo minuto... Faltan las fuerzas, los claros se ensanchan en la filas, las márgenes del camino se pueblan de despeados... De pronto al revolver el camino, un campanario, un pueblo:

—¡Es la meta, la meta del camino, el término de la caminata!

Este es el grito que se propaga en un instante de la cabeza á la cola. El efecto es admirable, las fuerzas se restauran, las filas se estrechan, las compañías se organizan, los rezagados vienen corriendo; todo está cambiado, se prepara la música, llegamos al pueblo, entramos.

Las puertas de las casas, las embocaduras de las calles, los balcones, las ventanas se llenan de curiosos. Acá y allá se asoman lindos rostros femeninos llenos de compasiva curiosidad.

—¡Pobrecillos, cuán cansados estarán!

¡Qué efecto el de aquellos ojos! Los que estaban encorvados se enderezan, por última vez, con un supremo esfuerzo; los que cojeaban pónense á andar marcialmente, el que estaba á punto de caer, extenuadas las fuerzas, se hace ánimo y sigue adelante...

—Tú muchacho, ¿adónde vas?

—Por un sorbo de agua, mi teniente.

—Nada, nada, á su sitio.

—¡Oh! ¡qué crueles! murmuran las madres compasivas. ¡Cómo los tratan á los pobres chicos! Ni tan siquiera un vaso de agua...

El regimiento ha pasado, ha depuesto las armas, ha armado pabellones... ¡Oh! ¡qué campamento tan alegre! ¿Y las fatigas, y las angustias de la marcha? ¿Eso no se recuerda ya?

¡Ah!... ni siquiera por soñación.

